



PERSEVERAR EN EL AMOR (**LA FORTALEZA**)

TEMA 7 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 7 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- La verdadera fortaleza consiste en amar y realizar el bien, aún en el momento en que amenaza el riesgo de la herida o de la muerte, sin jamás doblegarse ante las conveniencias.
- La fortaleza no se refiere principalmente a acciones heroicas o extraordinarias, sino que se da en la perseverancia en la fidelidad al deber de cada día.
- La alegría interior en el seguimiento del Señor es fruto de un corazón fuerte.

DESARROLLO

Para afrontar el camino del seguimiento de Jesús nos es necesaria la virtud de la fortaleza tanto para perseverar en él como para acoger con ánimo generoso lo que el Señor vaya disponiendo en ese camino. En muchas ocasiones se nos ofrece la oportunidad de vivir este don: resistir al mal vencéndolo con el bien, no atacar y sufrir pacientemente las contradicciones de la propia vida, escoger siempre a Jesús como criterio y forma de la propia vida. En palabras de Jesús, quien quiera seguirle ha de negarse a sí mismo y cargar con la cruz todos los días. Esta invitación es una llamada directa a ser fuertes y valientes para marchar detrás de Él. Al igual que el ministerio de Jesús se realiza en la paciencia y la mansedumbre que caracterizan su fortaleza, la vida del cristiano está llamada a hacerse fuerte no sólo para resistir, sino para escoger a cada momento al Señor.

La fortaleza del cristiano

La fortaleza caracteriza el verdadero discípulo de Cristo, como caracterizó la vida misma del Señor, quien no estuvo sujeto a pareceres humanos, sino que no temió ni al hambre ni al frío, ni siquiera al perder. La firmeza de Jesús ante la constante oposición o la adversidad de las circunstancias fue una verdadera escuela para quienes le siguieron. Estos mismos, los Doce, en adelante no temerán la dureza de las circunstancias hasta el punto de terminar dando la vida por su Maestro. Bien puede resumirse la verdadera fortaleza del cristiano en la siguiente fórmula: amar y realizar el bien, aún en el momento en que amenaza el riesgo de la herida o de la muerte, sin jamás doblegarse ante las conveniencias. Sin duda lo que se manifiesta en la vida de Jesús vale también para la vida de los cristianos: la más extrema fuerza del bien se revela en la impotencia. La palabra del Señor: «Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos» (Mt 10, 16), designa la situación del cristiano en el mundo. La fortaleza, por tanto, forma parte necesaria de la vida de los que siguen al Señor.

De poco sirve soñar con la santidad si no nos dedicamos a cumplir la voluntad de Dios en todo. En nuestro proceder, el don de fortaleza viene estrechamente unido al don de *consejo*, ya que es necesario ser fuerte para escoger no cualquier cosa, sino lo mejor en orden a nuestra santidad.

En efecto, el *consejo* es lo que nos hace atentos y hábiles para escoger los medios por los que mejor servir al Señor, y la fortaleza es el amor que alienta y anima el corazón para ejecutar lo que el consejo ha determinado que debe ser hecho. De este modo, alentada por el consejo, la fortaleza nos une a la voluntad de Dios, que levanta nuestra vida. Es de valientes dejarse aconsejar para escoger lo que más conviene, no cualquier cosa.

Por otra parte, conviene señalar que el don de fortaleza no es sólo para las ocasiones extraordinarias, sino para todas las ocasiones y todas las horas. Un signo de fortaleza real en la vida del cristiano es el cultivo de lo *insignificante*, es decir, entregarnos de corazón a la tarea de cada día con verdadero amor. Conviene que no compliquemos el seguimiento del Señor llenándolo de cosas aparatosas o extraordinarias. La fidelidad de cada día vivida en la obediencia al deber de cada momento, fortalece nuestro ánimo y, sobre todo, nuestro amor al Señor. En la trama silenciosa de la vida ordinaria es donde se aprende a ser fiel y a dar un «sí» valiente al Señor. Es ahí donde se aprende a vivir de lo esencial.

Hay que decir también que el don de fortaleza nos pone ante la verdad de nuestra relación con el Señor. Cada uno de nosotros perseveramos valientemente en lo que vivimos como realmente importante en nuestra vida y en lo que abrazamos como el bien máspreciado. Por eso, si verdaderamente Jesús y su voluntad es un tesoro para nosotros lo defendemos aún a riesgo de ser heridos o quedarnos solos. Si, por el contrario, no encontramos razones dentro de nosotros mismos para luchar por ese bien que nos parece imprescindible, eso puede significar que el Señor no es tan importante en nuestra vida como creemos que es. Si nuestra relación personal con el Señor es nuestro centro y la fuente verdadera de nuestra alegría, custodiaremos valientemente nuestra vida cristiana, antes que nuestro propio bienestar, venciendo todo temor a que eso nos haga sufrir. Lo mismo puede decirse de la Iglesia, nuestra madre. Cuando la Iglesia es un gran amor, ese mismo afecto nos hace fuertes para vivirla como el lugar donde se nos da lo máspreciado: Jesucristo.

Ser fuerte es, en el fondo, estar dispuesto a morir a nosotros mismos, nuestras opiniones y pareceres. Por eso la virtud de la fortaleza tiene una estrecha relación con la paciencia. El valiente no sólo soporta el mal cuando es inevitable, sino que además, tampoco ejerce la violencia para quitarse ese mal. La paciencia, de ese modo, nos hace resistentes, porque no es propio de la fortaleza atacar o usar de la ira. Finalmente, ser fuerte no significa sólo poder ser herido, a ejemplo del Señor, por la realización de lo que es bueno, sino también esperar en la victoria, tal y como vivió Jesús. Sin esta esperanza no es posible la fortaleza. Y cuanto más alta es la victoria y más cierta la esperanza en ella, tanto más arriesga cada uno de nosotros para alcanzarla. Este es el origen del signo de fortaleza más elocuente que existe: el martirio.

Uno de los frutos más preciosos de la fortaleza es la alegría, la que reside en el corazón mismo, donde habita Dios. Un corazón fuerte, independiente de los acontecimientos externos es, con toda seguridad, un corazón ancho y luminoso, a la vez que un corazón hondamente alegre. En cambio, un corazón inestable y cambiante, que dependa de la opinión ajena y de la mirada de los demás, es un corazón esclavo y triste. Cuantas veces se tenga la valentía de decir: «Señor, quiero lo que tú quieras», queda abierto en nuestro interior el camino para la alegría que proviene de Dios. Cuando nuestro más íntimo querer se vuelva sinceramente hacia Dios, seremos alegres pase lo que pase fuera. Pero para eso, hay que tener la fortaleza de voluntad, movida por un verdadero enamoramiento del Señor. De otro modo nuestro afecto a Jesús será débil y enclenque, dependiente de la experiencia de los demás.

Un corazón fortalecido en el amor de Dios tiende a decir: «Dios fuerte, lo que tú quieras lo quiero yo también». Esta es la fuente de la alegría cumplida. A la vez, la alegría nos hace profundamente fuertes. De hecho, cuando uno está alegre las cosas no le cuestan, tiene más capacidad de salir de sí mismo, de renunciar a lo propio. Todo esto es fruto de una fortaleza que proviene de la alegría de ser del Señor. La alegría nos unifica por dentro, hace que todo nuestro interior se reúna en torno a la fuente de nuestra dicha, y eso hace que la persona sea fuerte porque está unificada en un solo centro. En el seguimiento de Jesús, nuestro único centro, todo nuestro ser se fortalece y se levanta con ánimo generoso. Pidamos esta gracia incomparable para ser fieles hasta el final.